

EL REY, EN LAS CORTES

Por Abel HERNANDEZ

SE ha abierto la «puerta de los leones» del palacio de las Cortes para que entraran los Reyes de España. Un hermoso dosel cubría la puerta de las grandes solemnidades. Había alfombras, y los representantes del pueblo iban vestidos de oscuro. Un aplauso cerrado ha acogido la presencia de los Reyes. La nota negra la ha dado el P. S. O. E., que no ha aplaudido. Después, Su Majestad ha pronunciado el discurso de la Corona. Las Cortes —el Congreso y el Senado— han quedado oficialmente constituidas. Se ha abierto la Legislatura de la democracia.

Cuando los historiadores recojan estas efemérides, calificarán probablemente a don Juan Carlos I como «el Rey del cambio y de la reconciliación». Con la Monarquía ha llegado a España la democracia. La Corona ha sido la pieza clave de la transición. Sin esta pieza, el engranaje del Estado, tras la muerte de Franco, no hubiera funcionado. En el gran salón de las Cortes no se habrían sentado hoy ni los comunistas ni los socialistas marxistas. Las Cortes no serían —si es que había Cortes— demócratas. Se trata, como ha dicho el Rey, de «la consolidación de un sistema político libre y justo, dentro del cual puedan vivir en paz todos los españoles». El Rey ha cumplido su compromiso histórico: «el establecimiento pacífico de la convivencia democrática sobre la base del respeto a la ley, manifestación de la soberanía del pueblo».

Don Juan Carlos ha insistido en que ya están puestos los cimientos, el punto de partida para lograr «una España armónica en lo político, justa en lo social, dinámica en lo cultural y progresiva en todos los aspectos, basada en la concordia y con capacidad de protagonismo en el mundo».

El Rey Juan Carlos ha sorprendido, desde su entronización, a muchos. Los que tal día como hoy aplaudían en las mismas Cortes —;pero tan distintas!— la decisión de Franco de hacer a don Juan Carlos sucesor a título de Rey y los que aquel día no aplaudieron, contaban con un Rey «domesticado», continuador del viejo Caudillo. Ha sido todo lo contrario. Con cautela, con infinita paciencia y con la prudencia más exquisita, ha conseguido, sin traumas ni rupturas, apoyado por el pueblo y por unos gobernantes eficaces, que hoy nazca otra España, con otra piel y con otros horizontes. Ahí están las Cortes de la esperanza, elegidas por la libre voluntad popular.

Los republicanos nostálgicos de la izquierda caduca están quedando desarmados y en ridículo. «La democracia ha llegado —ha dicho el Rey—. Ello es innegable. Pero saben perfectamente que falta mucho por hacer, aunque se hayan contenido en corto plazo metas que muchos se negaban a imaginar. Ahora hemos de tratar de consolidarla.» Y más adelante, tras una llamada a la definitiva reconciliación nacional, don Juan Carlos ha dicho: «La institución monárquica proclama el reconocimiento sincero de cuantos puntos de vista se simbolizan en estas Cortes.» Y ha apelado a la tolerancia mutua, como «única vía hacia el futuro de progreso y prosperidad que buscamos y merecemos».

Se ha definido «Monarca constitucional», ha dicho que «la Ley nos obliga a todos por igual», ha pedido que «no haya exclusiones» y ha asegurado que «la Corona desea una Constitución que dé cabida a todas las peculiaridades de nuestro pueblo y que garantice sus derechos históricos y actuales». El Rey ha pedido especial atención a los más pobres y la reforma del orden social, procurando que no existan «desequilibrios perturbadores».

Ha sido un discurso justo, lúcido, progresivo y abierto a la esperanza. Hemos vivido un día histórico. En España va a ser posible la convivencia civilizada, la libertad y la justicia.